

SS-F

2-7-18

"EL ROMANCE"

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

DISCURSO INAUGURAL

DEL CURSO ACADÉMICO 1928-29

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE BURGO DE OSMA

POR

Don Jacinto Jimeno y Jimeno

Profesor de Literatura del mismo Seminario



BURGO DE OSMA

IMP. Y LIB. DE JIMÉNEZ

1928

Biblioteca Pública de Soria



72574486 SS-F Z-7-18

"EL ROMANCE"

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

DISCURSO INAUGURAL

DEL CURSO ACADÉMICO 1928-29

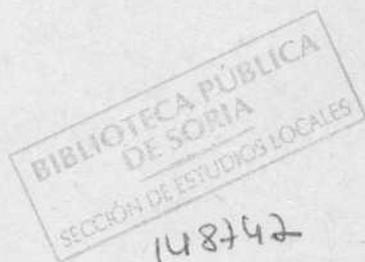
DEL SEMINARIO CONCILIAR DE BURGO DE OSMA

POR

Don Jacinto Jimeno y Jimeno

PROFESOR DE LITERATURA

DEL MISMO SEMINARIO.



BURGO DE OSMA

—
IMPRENTA DE "JIMÉNEZ"

=
1928

IMPRIMATUR.

Burgi Oxomensis 27 octobris 1927.

† MICHAËL A SANCTIS, Episcopus Oxomensis.

Ilmi. ac Rmi. Domini mei Episcopi
mandato

Bartholomaeus Marina.

Vicesecretarius.

Al Dr. D. Faustino Jimeno
Vela, con todo el entrañable y
filial cariño de su hijo

JACINTO



Ilmo. y Rvdmo. Señor. (1)

Muy Ilre. Claustro de Profesores.

Queridos seminaristas.

Señores.

Un triste y reciente acontecimiento, que vino a llenar de luto dos antiquísimas y preclaras diócesis, la de Osma con la pérdida de uno de sus esclarecidos hijos y la Civitatense con la muerte de su virtuoso Prelado, ha hecho, señores, que el que tiene el inmerecido honor de dirigir la palabra en este solemne acto vuelva de nuevo a ponerse al cobijo maternal de la que le vió nacer y que estrechándole en su regazo le prodigue el aleteo suave de sus caricias, y no sólo le reciba benigna, sino que le encumbre a estas serenas y excelsas altitudes, donde más bien que dejar oír nuestra voz para enseñar, debiéramos caer enmudecidos para apropiarnos lo mucho que aun nos resta por saber, flándonos para tamaña empresa en los fervidos alientos y santos entusiasmos con que sin duda alguna ha de alentarnos el amor encendido y filial, adentrado en lo profundo del corazón, que desde nuestros más tiernos años venimos profesando a este querido Seminario de Santo Domingo y a esta nuestra preclarísima diócesis Oxomense.

Hubiéramos dejado expansionar nuestro ánimo en muestras de ferviente acatamiento a la sagrada persona de nuestro amantísimo Prelado, estrella de fúlgidas irisaciones en el cielo del episcopado español; en saludo cordial y respetuoso al meritísimo Claustro de Profesores, antiguos maestros casi todos ellos de nuestra carrera, que con sus altos ejemplos, sabios consejos y esclarecidas luces nos guiaron por la senda de la virtud y del saber; recreándonos, por último, en el magnífico panorama de este Seminario, que guarda entre sus muros venerandos los más recónditos recuerdos de nuestros años juveniles, perfumado hoy con aleteos de brisas juguetonas llevando en germen

(1) Dr. D. Miguel de los Santos Díaz y Gómara, Obispo de Osma.

halagadoras esperanzas y que hacen que pongamos todos nuestros cariños entusiastas en los jóvenes escolares de que nos vemos rodeados; y sobrada y fácilmente hubiéramos llenado un tiempo de que no podemos disponer: porque encargados del discurso de apertura del presente curso académico que hoy inauguramos, hemos de relegar a nuestros íntimos secretos estas amorosas expansiones, haciendo lugar a otros asuntos más en consonancia con el acto solemne que estamos celebrando. Y, a la verdad, hubiéramos querido para ello dar con un tema, que sin desdecir de esta solemnidad, nos hubiera dado facilidades para salir airoso de la empresa: mas al sernos imposible por nuestra incapacidad atalayar las altas cumbres de la ciencia y recrear con ello a la selecta concurrencia que nos escucha, hemos preferido dejar vagar nuestra mente por el campo de nuestras aficiones literarias y presentar una deficientísima monografía, estudio histórico-crítico nos atrevemos a llamar, de una de las ramas de la poesía épico-lírica más arraigada en España y que tuvo su cuna en el corazón mismo de Castilla. Tal es, señores, sin duda alguna, «El Romance».

A presentar una ligera reseña de su lengua y orígenes, rima y metro, clases y vicisitudes, han ido encaminados nuestros esfuerzos de búsqueda por las viejas bibliotecas en el escaso tiempo en que otras más perentorias necesidades de ayuda parroquial nos han dejado libres, y muy vivamente hubiéramos deseado para nosotros dar con aquella fuente de vivificadoras aguas de que nos habla la sentencia de Petronio: «*Caeterum... neque concipere aut edere partum mens potest nisi ingenti litterarum flumine inundata.*» Mas ya que así no pueda ser, hemos de acogernos a la reconocida benevolencia de nuestro dilectísimo auditorio en la seguridad de que no ha de sernos penegada en el desarrollo de nuestro tema.

Idea universal de la poesía.

Apenas hay nación en el mundo que desde tiempo inmemorial no haya tenido sus poetas. Según Tácito, los anales de los germanos eran un tejido de poemas con que celebraban sus dioses y sus héroes; los bardos eran los poetas de los celtas, germanos, britanos y galos; los scaldros de los septentrionales y los profetas de los hebreos. Plauto nos ha conservado un fragmento de la lengua y poesía púnica; Tales, Parménides y otros antiguos filósofos los versos en que trataron la física y la moral; Minos y Solón los de las leyes que compusieron; Orfeo los cantos de la Cosmogonía según el sistema de teología que aprendió de los egipcios; Eumolpo los sáficos a Ceres y con ellos lo más importante que entonces se sabía de moral, de política y de religión; y noticias tenemos de la suma afición con que los árabes y turcos cultivaban la música y la poesía, los americanos del norte el canto, la poesía y la histriónica, pudiendo asegurar lo mismo de los egipcios, caldeos, griegos, jonios, tracios y macedonios, quedándonos como monumentos indelebles el «*Poema Pentaur*», composición épica que relata las hazañas del más famoso guerrero, Ramsés II, en la literatura egipcia; el «*Chah-Nemeh*» o «*Libro de los Reyes*», donde Firdusi condensa la historia real y legendaria de los persas en 35.000 dísticos; el «*Ramayana*», atribuido a Valmiki, de 48.000 versos divididos en seis libros, de la literatura india; y aquellos otros de todos conocidos, la «*Ilíada*» y la «*Odisea*» de Homero y los cantos heróicos de Píndaro en la griega; y la «*Eneida*» de Virgilio, las «*Odas*» de Horacio y las estrofas elegíacas de Ovidio en la latina.

De las naciones que ocupaban el recinto de nuestra España, sabemos: de los cántabros, según refiere Estrabón, que algunos de ellos, estando crucificados, cantaban himnos; de los celíberos, que en los plenilunios celebraban con cantos a un dios innominado y pasaban en festejo toda la noche; de los turdetanos, que tenían poemas y leyes en verso que contaban seis mil años de antigüedad, y de los calláicos o gallegos, escribió

nuestro Silio Itálico en el Libro Tercero de «Bello Punico» (1) aquel exámetro de rotundas sonoridades:

«*Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis*».

Primitiva lengua castellana o romance.

Gemía entorces nuestra Península bajo el yugo del imperio romano y era natural que la nación dominadora importara en la dominada no sólo su comercio, usos y costumbres, sino también su misma lengua, que, por ser la de los romanos, comenzó a llamarse *romana* o *romance*, que en un principio fué el latín vulgar o *sermo plebeius*, propio de los soldados que formaban en las cohortes de las legiones conquistadoras y de los comerciantes que descargaban sus mercaderías en nuestro litoral, y más tarde una continuación del mismo latín; no el resultado de su corrupción, sino un desarrollo orgánico, propiamente hablando, ya que resulta imposible señalar dónde acabe el latín y dónde comienza el romance.

El latín clásico, *sermo urbanus* o *eruditus*, sujeto a leyes gramaticales, era como el lenguaje artificial de que se servían poetas y oradores; mas, destruído por los bárbaros el mundo romano, el *sermo urbanus* desapareció con la civilización que representaba y pasó a ser lengua muerta. En cambio, el *sermo plebeius*, el latín popular de los soldados, comerciantes y conquistadores, no sujeto a leyes gramaticales ni detenido en su curso de evolución por los preceptistas, pudo desarrollarse libremente siguiendo su curso propio y sufriendo, en consecuencia, modificaciones importantes en su fonética, léxico y morfología. Por otra parte, la fuerza del número, acompañando a las expediciones guerreras y de colonización, hizo ensanchar y extender con una rapidez prodigiosa por todas las provincias del imperio romano el latín de la plebe, que se diseminaba industriosa por todos sus ámbitos, llegando hasta

(1) «Fibrarum et pennae, divinarumque sagacem,
flammarum, misit dives Gal'aecia pubem,
barbara nunc patriis ululantem carmina linguis,
nunc pedis alterno percussa verbere terra
ad numerum resonas gaudentem plaudere cetras,
haec requies ludusque viris, ea sacra voluptas.»

Silio Itálico. «Bell. Pun.» lib. 3.

conseguir poco a poco la desaparición, aunque no total y absoluta, de los dialectos indígenas de las regiones conquistadas.

Entonces, el latín vulgar, no sin haber sufrido múltiples influencias, sobre todo en el vocabulario, y perdido toda distinción entre vocales breves y largas, cambiando la *cuantitativa* por la *cualitativa*, presenta un aspecto tan variado y una amalgama de formas tal, que le hacían parecer una lengua totalmente distinta del latín clásico, denominándole desde la germanización de las provincias romanas con el nombre de *romana* o *romance* para distinguirlo de la otra aristocrática a la que llaman sencillamente *lingua latina*.

La lengua romance en el estado que se deja expuesto, si bien capaz de expresar todo lo concerniente a la vida práctica, tuvo que hacer cada día progresos para moldearse también a todas las necesidades de la vida política, civil y aun literaria, sin dejar de tener en cuenta el lenguaje primitivo ibérico, reducido paulatinamente hacia la región del Norte, y más tarde el árabe, que ha impreso considerablemente sus huellas e influencia en el castellano, influencia que llega casi a un diez por ciento de las raíces que constituyen el caudal del lenguaje hablado, ya que esta dominación islámica traía no sólo su lengua como medio de expresión, sino también un estado de cultura por aquellos tiempos nada despreciable.

Primeras manifestaciones poéticas en lengua romance.

En esta situación de plena invasión arábica y desconcertadora confusión en nuestra lengua, «cuando los legos, como dice Capmany, (1) no entendían el latín de los libros, ni por el de estos se podía entrever el de la lengua vulgar», cuando entre el rudo chocar de las batallas se sucedían unas tras otras las correrías por las llanuras dilatadas de Castilla y entre el fiero galopar de los corceles se levantaban nubes de polvo confundiendo en una sola ambas huestes enemigas, la de los cristianos que blandían sus espadas y enarbolaban la cruz en el pendón morado y la de los sarracenos sacudiendo sus alfanjes entre el estandarte de la media luna; cuando las atalayas de Gormaz y de Calatañazor y los castillos de Uxama y de Clunia

(1) Capmany «Teatro Crítico» Part. I. pag. 3.

eran como anhélito incontinido de esperanzas halagadoras, y el Duero, de suyo solemne y majestuoso, rugía embravecido entre sus ondas ensangrentadas; a una con el griterío que se levantaba hasta el cielo clamoroso, surgen también, entre aquel rudo batallar, los primeros himnos épicos, cantos de guerra, cantos de epopeya, cantos de victoria por aquellas llanuras yermas y destrozadas, cantos de gesta que quieren ser como era entonces y sigue siendo el alma de Castilla, grande como las montañas que circundan su frente victoriosa, inmensa como el mar de los trigales extendidos a sus pies, indomable como hierro del arado que hiende las entrañas de estas tierras, siempre incansables en su fecundidad.

Y es que los pueblos, al igual que los niños, necesitan de cantos junto a la cuna. Como en aquel nacimiento de Moisés se vió la suya prontamente agitada por las ondas poderosas del padre Nilo, mientras por encima de los cielos anchurosos del desierto se cernían las rugientes tempestades, que aureolaron la frente de aquel caudillo elegido con infinitas serenidades ante la zarza ardiente, y entre los volcanes del Sinaí ante la soberana majestad de Dios, así la cuna de este pueblo ibérico, que entre el chocar de las armas nacía para grandiosas empresas, no había de mecerse por arrullos acariciadores de quietas cadencias y aleteos suaves de brisas encalmadas, sino entre cantos rudos, como el rudo galopar de los corceles, y entre bélicos himnos de largas rimas, que pusieran un agujijón a las espuelas y un hálito de santas rebeliones en el pecho.

«En esta confusa aurora de la regeneración de España, dice un crítico francés del siglo pasado, en que ni la lengua estaba formada, sólo pudo haber versos informes que suplían la escritura y una poesía que se adivina a través de los versos imperfectos del poema del Cid. Los cantos que repelían los cristianos de Asturias al ir a la algazara empiezan a escribirse y pulimentarse. Las monótonas asonancias, antes comunes a la poesía y a la prosa, acaban por ser propiedad exclusiva de la última, y, a falta de metro y de prosodia, constituyen la grosera armazón del alejandrino de la edad media» (1).

Otro crítico español de la misma época, José Fernández Es-

(1) Rosseeuw Saint Hilaire. «Etudes sur l'histoire de la langue et des romances espagnoles» Artes. I y II.

pino, cree que nuestros primitivos poemas, cuya forma fué originaria y espontánea, e imperfecta al principio, coincidieron con el origen de la lengua castellana; que aun los hubo anteriores a los conservados, y que el poema del Cid y los Cantares de Gesta son casi todos nuestra antigua poesía. (1).

Hubo efectivamente en Castilla una epopeya, dando a esta palabra la significación de un conjunto de cantos narrativos extensos, de asunto nacional y de espíritu y estilo análogos, aunque relativos a tiempos y personajes diferentes. «Cuádrales a estos cantos el nombre de epopeya, dice el Sr. Milá y Fontanals, por su notoria semejanza con los homéricos, tipos de este género poético, ya en cuanto a las costumbres que se describen, ya encunto al efecto que en el narrador produce el objeto descrito; semejanza, decimos, que no identidad, ya que se trata aquí de una epopeya heroica y no heroico-mitológica como la de los griegos» (2).

Cantares de Gesta

El nombre dado en Castilla a este género de composiciones era el de *cantar* o *de gesta*, que se referían, no a toda la composición, sino a las partes de no exígua extensión en que se dividía; y que, como su mismo nombre lo indica, «*cantar*», su medio de ejecución era el canto, según nos lo dicen las palabras del Toledano, (3) «*los juglares cantan en sus cantares e dicen en sus fablas*», y que por lo extenso de los relatos y lo imperfecto de la versificación no podía ser otra que una tonada monótona y sencilla, gráficamente expresada allá en el siglo XIII con el nombre de «*rezar el romance*», según leemos en el Apolonio:

«Cuando con su viola—hobo bien solaçado,
A sabor de los pueblos—hobo asaz cantado,
Tornóles a reçar—un romance bien rimado». (4)

El sistema de versificación de estos cantares reducíase a

(1) José Fernández Espino. «Curso histórico-crítico de la literatura española» Cap. II.

(2) Milá y Fontanals. «De la poesía heroico-popular castellana» Cap. XII.

(3) Cap. XI. De civitatibus Hispaniae.

(4) «Libro de Apollonio.» copla 428.

series ligadas por una rima, las más veces imperfecta, de pocas o muchas líneas desiguales, largas e intercisas; forma que con ser tan fácil y holgada, no evitaba, al parecer, multiplicadas infracciones, puesto que, como dice el citado Sr. Milá y Fontanals, (1) bastaba la correspondencia de vocales, ya que no se buscaban de intento las rimas perfectas o consonantes, sino que se admitían cuando buenamente ocurrían. y ya que en la lengua castellana, entonces romance, donde desde el principio hubieron de presentarse más terminaciones llanas que en la francesa y provenzal, abundan los asonantes aproximativos, como puede verse por vía de muestra en este pasaje tomado al azar de «El Rodrigo», que nos habla de los depositos del Cid, el héroe castellano:

«Ally despossavan a doña Ximena—con Rodrigo el Castellano.
Rodrigo respondió muy sannudo—contra el Rey (con enfado?):
«Señor, vos me despossastes—más a mi pesar que de grado;
Mas prométo'lo a Christo—que vos non besse la mano,
Nin me vea con ella—en yermo nin en poblado
Fasta que vensa cinco lides—en buena lid en campo».
Quando esto oyó el rey,—fisose maravillado.
Dixo: «Non es este omme,—mas figura ha de pecado.»
Dixo el conde don Ossorio:—«Mostrarvos lo ha privado»
Quando los moros corrieren—a Castiella, non le acorre ombre nado.
Veremos si lo dise de veras—o si lo disc beffando.» (2)

Y ¿qué espíritu dominaba en estos cantos? Aquí podíamos poner aquellas palabras de Horacio: «*Res gestae regumque ducumque et tristia bella*» (3). El héroe que los informa es ante todo guerrero cristiano y español, esforzado campeón de la Patria, ora sean los enemigos extranjeros invasores, ora los sectarios vecinos de Mahoma: «*hic manus ob Patriam pugnando vulnera passi*» como dice Virgilio. Mas por otro lado, este héroe se presenta las más veces desavenido con el Monarca, como hemos podido apreciar en el fragmento de «El Rodrigo» acabado de citar a efecto del mal proceder que al último se atribuye, cuando no

(1) Milá y Fontanals: «De la poesía heróico-popular castellana.» Pag. 397, nota.

(2) «El Rodrigo.» versos 417 - 428.

(3) Horacio. «Liber ad Pisones» ver. 73.

de los agravios inferidos a la nobleza por los reyes sus antecesores; situación diversamente graduada desde Fernán que aspira a la independencia, hasta el respeto del buen basallo que no tenía buen señor, del mío Cid, conquistador de un reino: por lo demás, la contienda se ciñe a la reclamación de un derecho sin convertirse en hostilidad definitiva, y, más que lucha de una clase con la monarquía, se presenta como un acto particular y aislado. El héroe es de esclarecido linaje, pero no debe a sus antepasados, sino a sus propios esfuerzos, el puesto aventajado a que ha ascendido; su vida trabajadora contrasta con la más regalada del mismo monarca o de los caballeros cortesanos; al paso que su franqueza y lealtad con la doblez y astucia de sus enemigos.

«Gratas debían ser tales narraciones a los oyentes de aquella época, continúa diciendo el autor del tratado *«De la poesía heroico-popular castellana»*. Las guerras religiosas y nacionales interesaban a todos, sin exceptuar las personas más cultas, que reconocían además en los poemas vestigios de la historia verídica. Las clases más desvalidas no oían con indiferencia los rasgos de arrojo y de denuedo y agradecían también los esfuerzos de los que libraron el territorio del yugo infiel o extranjero. Los varones de mayor gerarquía, los mismos monarcas, acogían gustosos aquellos anales poéticos, que celebraban proezas como las de que ellos mismos se gloriaban y héroes con quienes a menudo les unían vínculos de parentesco. Como defensores de sus derechos contra las demasías, reales o supuestas, de los monarcas, agradaban no sólo a la nobleza, amiga de anárquicos fueros, sino a los ciudadanos privilegiados en aquellos tiempos en que las franquicias o libertades adquiridas se miraban, no ya con legítima y prudente solicitud, sino con la ciega pasión que suelen excitar en nuestros días vagas y abstractas ideas de la libertad nativa. Y a más, pues sería, a nuestro ver, menguado concepto del atractivo de aquellas narraciones limitarlo a motivo político, se buscaba en ellos la pintura, siempre seductora, de caracteres enérgicos e indomables, y la idea, exacta o erróneamente aplicada, de la verdad y la justicia, contrapuesta a la fuerza de la razón y del derecho, embelizando así a sus oyentes esta epopeya castellana sin necesidad de recurrir a los poderosos artificios de lo maravilloso y de la ga-

lantería. Rarísimas veces narra hechos sobrenaturales y ninguna huella ofrece de tradiciones supersticiosas a excepción de los agüeros. (1) Si bien pone a la mujer en lugar encumbrado, desconoce los refinados homenajes que en tiempos más recientes se le tributaron, no menos que la grosera desenvoltura de las heroínas de las narraciones francesas», (2) como se describe en «*El Mío Cid*» que contiene un delicado rasgo de sencilla galantería en los versos 1582 - 600 y que nos vemos precisados a omitir por no alargarnos demasiado, donde se describen las muestras de destreza militar que dió el Cid al entrar su mujer e hija en Valencia, rasgo que recuerda el respeto con que obedecieron los almoravides a una admonición de la reina Berenguela, efecto, de cierto ambiente caballeresco que en aquella época empezaba a respirarse.

Esta poesía es, pues, principalmente castellana, haciéndose, no obstante, difícil señalar la época exacta de su nacimiento, y aunque alguno de los asuntos en ella tratados se remonta a los últimos años de siglos VIII, sólo mucho más tarde pudieron ser cantados en su parte principal. La historia de Fernán González, en la primera mitad del siglo X, tal vez inspiró ya algún canto durante la vida del héroe o poco más tarde, recibiendo general impulso este género poético o últimos del siglo XI, inspirado por los hechos gloriosos de Fernando I y de Alfonso VI, en especial de los del Cid, y quizás también de los de Alvar Fáñez, llegando a su mayor auge en el XII y a mayor perfección entrado ya el XIII, en el que había juglares que los propagaban y acaso ampliaban, aunque sin añadir nuevos asuntos.

Como monumentos perennes de estos Cantares de Gesta tenemos la «*Crónica Rimada*», llamada comunmente «*La General*», «*El Rodrigo*», «*El Poema de Fernán*», que cantan los hechos infaustos del Rey D. Rodrigo y los de Bernaldo del Carpio con las batallas de Roncesvalles, los del Conde Fernán González, de sus sucesores y de los Infantes de Lara, y sobre todo el grandioso Poema «*El Mío Cid*» con el relato de los gloriosos acontecimientos llevados a cabo por este invicto héroe castellano, sintiéndonos imposibilitados de transcribir, aun-

(1) Esta superstición de origen indudablemente romano y no árabe, es de mucho bulto en «*El Mío Cid*» y en «*Los Infantes*».

(2) Milá y Fontanals. «De la poesía heroico-popular castellana» Cap. XII.

que no fuera más que sucintamente, algunos trozos curiosísimos de estos poemas, que tenemos a la vista, ya que ello contribuiría a alargar demasiado este trabajo de los Cantares de Gesta, que sólo hemos querido dejar consignado como prolegómeno necesario al siguiente de EL ROMANCE, puesto que ellos son como la semilla de la que fructificó después este género de poesía épico-lírica castellana.

EL ROMANCE.-Sus orígenes.

Cuando los sectarios de Mahoma iban ya apresuradamente cediendo entre el polvo de la derrota los escasos puestos que en España les quedaban, reducidos a muy contadas plazas en las vegas granadinas mientras en Castilla los indómitos guerreros embainaban sus espadas para empuñar la mancera y trocaban en recias abarcas sus espuelas rutilantes, y las llanuras, antes yermas, comenzaban de nuevo a abrirse generosas a la reja del arado y a caer la simiente, como una lluvia de oro, en los surcos profundos y anchurosos, y de las márgenes del padre Duero, que enterró en sus profundidades la púrpura de su veste guerrera para trocarla en el manto regio de sus ondas argentadas, se oía como una estrofa del himno de la paz el suave rumor de sus aguas fertilizantes y vivificadoras por toda la besana; cuando en el castro amurallado de la ciudad episcopal o en las soleadas plazas de las abaciales villas comenzaba a levantarse entre trabajos ponderosos la ingente filigrana de grandiosas catedrales y esbeltas colegiatas surgiendo magníficas al conjuro de mágicos cinceles y elevando las agujas de sus torres hasta el cielo como una oración al Dios de las batallas salida del pecho agradecido y generoso de toda Castilla; cuando, más tarde, a la sombra protectora de estos, hoy viejos relicarios de la fé, esparcidos para honra nuestra por toda la diócesis oxomense, iban también surgiendo los recios caserones del fidalgo, que en el dintel de la anchurosa puerta podía ostentar la cartelera de un blasón ganado en buena lid, o levantándose la regia traza de los palacios señoriales como el de Peñaranda, en el que su prócer dueño, D. Francisco de Zúñiga y Avelleda, «diz que puso en la obra tan noble empeño, que no dudó vaciar su repleta bolsa de escudos de oro en manos de ge-

niales artífices y mejores artistas, plasmando de esta suerte en su regio alcázar el arte soberano del más fino estilo»(1), cuando por el monte y por el llano, por el valle y por la vega iba apareciendo la blanca Ermita como trono donde colocar a Nuestra Señora, largo tiempo soterrada en evitación de profanidades sarracenas y adivinada ahora milagrosamente en las entrañas de la tierra por el rústico labriego o el humilde pastorcillo; cuando en los ámbitos dilatados de la llanura castellana se aquietaban las armas en pacífica tregua y en sus cielos infinitos había claridades de quietudes sosegadas; después de una interrupción aparente en los Cantares de Gesta, que se prolonga más de dos siglos, vemos surgir de súbito una nueva floración de poesía popular narrativa, que se llamó entonces y había de ser llamada en adelante por todos los Españoles con un nombre simpático, atractivo y elocuente a la vez, con el, desde entonces, viejo nombre de Romance.

No es posible fijar la época exacta en que la poesía castellana adoptó la forma de romance, ya que ningún documento histórico lo acredita. «Los códices más remotos que tenemos, dice el Sr. Durán en su Prólogo al *«Romancero general»*, conservan composiciones complicadas, que suponen en su confección arte y estudio; pero no existe en ellos ni un solo romance genuinamente popular anterior al descubrimiento de la imprenta. Puede asegurarse que hasta la segunda década del siglo XVI no hemos visto ninguno genuinamente primitivo, manuscrito o impreso, pues los que nos restan de la última del XV pertenecen a poetas de profesión o a trovadores cortesanos». (2) En 1445 el Marqués de Santillana en su famoso *Proemio* parece afirmar el afán desmedido que toda clase de gentes tenía ya en aquella época para componer romances, según se deja entrever ver en estas palabras: «Infimos poetas son aquellos que sin ningún orden, regla, ni cuento facen estos cantares e romances de que la gente baja e de servil condición se alegra». Nebrija, al finar el siglo xv, (1492), llama *viejo* a uno de los romances de Lanzarote (3), y Juan de la Encina, por la misma época, enseña que «los romances *del tiempo viejo* no van en ver-

(1) Domingo Jimeno. «De la vieja Castilla». arte.

(2) «Biblioteca de Autores españoles». Vol. X, pag. XL.

(3) «Arte de la lengua castellana.

daderas consonantes» (1); inclinándonos, por consiguiente, a creer que para merecer tales calificativos en la segunda mitad del siglo xv y disfrutar de tanta popularidad, es evidente que debieron existir mucho antes, quizás alguno, según el Sr. Menéndez Pidal (2), se remonte todo lo más al xiv, sin alargarnos a fijar su nacimiento más allá de esta época, como parece pretender el sabio erudito alemán Sr. Wolf, que lo fija en la que media entre el siglo x al xii.

En esta confusa y obscurecida aurora de la aparición del romance, aun nos cabe formular una pregunta:

Es el Romance anterior a los Cantares de Gesta?

Largo espacio de tiempo habríamos de necesitar si quisiéramos valorar nuestro trabajo transcribiendo las extensas controversias habidas en este punto por eruditos romancistas.

Acabamos de ver que el autor de *«Primavera y Flor de Romances»* fundado en leyes, sin duda alguna acomodaticias, pretende colocar nuestro romance en época anterior o por lo menos contemporánea a los Cantares de Gesta. «Por de contado, dice el citado Sr. Wolf, se puede, sino probar con documentos, sí, al menos, afirmar con la certidumbre que dan las leyes universales de analogía, que el origen de los romances debió de coincidir con aquella época en que después de haberse ya desarrollado bastante su nacionalidad, cultura y lengua, los castellanos se sentían con un impulso irresistible de manifestar poéticamente su ser íntimo, su carácter nacional, y con los medios de hacerlo y antes que la poesía artística comenzara a diferenciarse de la popular, es decir, entre el siglo x al xii» (3). Indudablemente, por toda Castilla se sentía el impulso de manifestar nuestro ser íntimo, nuestro carácter nacional, mas con aquel fuego que ponía agujones en los corceles de batalla y un filo tajante en las espadas de los guerreros, con el fuego del cantar de gesta entonado entre el chocar de las huestes enemi-

(1) «Arte de trovar».

(2) Menéndez Pidal. «Flor nueva de romances viejos», pag. 8

(3) Wolf. «Primavera y Flor de romances».

gas, *rudo* e inarmónico, por que aun no estaba formada nuestra lengua, como dijimos arriba, y de *largas* rimas, muy apropiado para expresar la *rudeza* de las batallas y los *largos* hechos heroicos de nuestros invictos adalides y muy en consonancia con el carácter narrativo de los poemas épicos, que nada tiene que ver con el lírico de nuestros romances.

El erudito romancista D. Agustín Durán en sus «*Observaciones generales al Romancero*» opina también que el romance debió ser la primitiva forma de la poesía castellana, fundándose en la facilidad de su metro y rima. «La medida del verso redondillo u octosílabo, dice, es la primera que debieron encontrar nuestros versificadores inartificiosos, porque nace más fácilmente que otra de la construcción e índole armónica de nuestra lengua y de la rotundidad de sus períodos» (1). Mas nos ha de permitir el Sr. Durán, además de nuestra modesta opinión arriba expuesta de que el metro del romance es más apropiado para las expansiones líricas que para las narraciones épicas, una simple observación psicológica. Entre un montón de arena acabamos de contemplar un grupo de niños afanados en medio de sus juegos en levantar una construcción arquitectónica. El niño desdeña hacer con la arena humedecida la sencilla casita con dos ventanas y una puerta. El niño con su cerebro vírgen se eleva en altas mentalidades y de sus manos afanosas va saliendo plasmado el magno edificio, que, por sus altas proporciones, quiere asemejarse a los ingentes rascacielos trazados en las avenidas de las grandes urbes. Tal vez, andando el tiempo, cuando las realidades de la vida vayan cayendo como una lluvia de plata sobre la cabeza del niño que estamos contemplando, desdeñe los rascacielos de las grandes urbes y prefiera la casita sencilla de dos ventanas y una puerta, que brinda acogedor sosiego en la quietud de los dormidos campos. Aun hay algo más en consonancia con el asunto que estamos tratando. En nuestros escasos años de profesorado hemos podido observar en nuestra cátedra de literatura castellana que al comenzar a ejercitarse los jóvenes escolares en poéticas composiciones, dejándoles a su libre elección el metro y rima, ninguno de ellos hizo sus primeros versos en fáciles asonancias de arte menor, remontándose, por el contrario, a otras dificultosas combina-

(1) Agustín Durán. «Romancero general». Observaciones.

ciones de la octava real, cuando no al soneto y composiciones en verso alejandrino, y en las mismas cátedras del primer curso de latinidad se puede hechar de ver sin esfuerzo alguno cómo sus alumnos en el ejercicio de ordenación y traducción quieren pasar de corrida las sencillísimas sentencias con sus oraciones de sustantivo para emboscarse prontamente entre los rotundos períodos ciceronianos o en el intricado hipérbaton de las Fábulas de Fedro. Nada ha de extrañarnos, por consiguiente, que nuestros primitivos poetas emplearan en las primicias de sus composiciones el verso largo, que además de ser, como hemos dejado anotado, el de más acomodo para los asuntos que en él se cantaban, es producción natural de las inspiraciones vírgenes dejadas a su libre albedrío.

Con todo intento hemos querido dejar para refutarla en postrer lugar la teoría del Sr. Cejador, teoría, y hemos de confesarlo ingenuamente, con la que algún tiempo estuvimos encariñados. Dice así el ilustre Catedrático de Literatura: «El primer romance cuenta el hecho escueto, prosáico; pero en alas de la musa popular, al pasar de boca en boca, de generación en generación, va tomando, por una parte, más calor y brío en los pormenores como lo toman las noticias, y como ellas, va, por otra parte, idealizándose y agrandándose y agigantándose, haciéndose hasta maravilloso y sobrehumano el personaje... La gesta, o poema, sale de los retazos o rapsodias cuando un poeta junta en un todo lo que cantaba esparcido acerca de un mismo asunto... ¿Quién duda sino que antes de componerse *«El Mío Cid»* se cantaron trozos sueltos o romances sobre cada uno de los hechos que esta gesta abarca?... Hubo, pues, romances, y de ellos llegaron a cuajar algunos poemas o gestas: el de Fernán González y los dos del Cid. Todos los días asistimos a la creación de romances; los vemos componer a propósito de un crimen, de una desgracia privada o pública, de un acontecimiento glorioso. No eran los hombres de antaño diferentes de los de hogaño: así hacían romances en el siglo xv y los hacían en el xii y los hicieron antes. Cuando el acontecimiento o el héroe daban de por sí la variedad de hechos, se hacían otros tantos, cortándolos. Llegaba un ingenio sobresaliente y juntando los asuntos de todos los pertenecientes a un acontecimiento, o héroe, y aun recosiendo los romances sueltos, fraguaba una

gesta o un poema. Eso se ha hecho siempre y en todas partes, y no vamos a creer que en España sólomente se hiciera todo lo contrario, que primero hubo gestas o poemas y luego trozos o romances de ellos descosidos. Los romances del siglo xv aguar-daban un ingenio que con ellos forjase un poema o varios inge-nios que recosiesen en un poema los romances de cada ciclo. No nacieron tales ingenios épicos porque los tiempos de la épica habían pasado...» (1)

No seremos nosotros los que salgamos al paso del Sr. Cejador. Ha de ser con las palabras autorizadísimas de Don Ramón Menéndez Pidal con las que hemos de dejar asentado que

**El Romance es una floración de
los Cantares de Gesta.**

«Cuando el romance, dice este ilustre crítico, se emancipó de-finitivamente a fines del siglo xiv o principios del xv; cuando de las antiguas gesta en descomposición brotó un ejambre de espíri-tus alados y con ellos una nueva primavera poética, el pueblo castellano no había perdido aun la inspiración narrativa, aunque no la manifestase ya en poemas de tanto aliento ni de tan univer-sal interés como los anteriores» (2). «Algunos romances más viejos no son otra cosa que un fragmento de poema, conservado en la memoria popular; por ejemplo, el romance de las «*Quejas de doña Lambra*» no es más que un trozo separado de la «*Segunda Gesta de los Infantes de Lara*», una breve escena en que Doña Lambra pide a su marido venganza de la afrenta que sus sobrinos le acababan de hacer. La mayor parte de las veces el fragmento épico no queda así intacto. Al ser arrancado de su centro de gravitación, tiende a olvidar los antecedentes y consiguientes, que tenía en la acción total del poema, tiende a tomar vida independiente. Pongamos un ejemplo: «*La Gesta de Sancho el Fuerte*», que, bajo un pensamiento poético genial, re-fería las guerras de Sancho con sus hermanos, tenía un episo-dio donde el Rey, presentándose ante Zamora para sitiarse a su

(1) Julio Cejador. «Historia de la lengua y literatura castellana».

(2) R. Menéndez Pidal, «Tratado de los Romances viejos».

hermana Urraca, designa al Cid a fin de que intime a la Infanta la rendición de la Ciudad; el Campeador objeta que él se crió desde niño con la Infanta y no es el más apropiado para llevar tan ingrato mensaje. Sin embargo tiene que obedecer y acompañado de quince caballeros se acerca a los muros, ruega a los guardas de las torres que no le disparen sus saetas, y es conducido ante la Infanta. Esta, al oír al Cid, le recuerda también la crianza de ambos juntos en Zamora y prorrumpe en amenazadoras quejas contra el Rey su hermano: el mensajero, al volver con tan mala respuesta, cae en enojo del Rey. Esta gran masa narrativa, al desgajarse de la Gesta, toma sustantividad y vida aparte. Los dos amigos de la niñez, el Cid y la Infanta sitiada, quedan solos ante la imaginación, sin el Rey Sancho, sin el séquito de caballeros, sin los saeteros de las torres; toda la atención se concentra en la intimidad sentimental de los dos personajes; hasta las saetas de las guardias se convierte en una alegoría del amor de la Infanta. Y así nace el bellísimo romance que comienza «*Afuera, afuera, Rodrigo...*» donde las largas escenas narrativas del Cantar se desvanecieron, dejando sólo de sí un delicioso perfume lírico... A menudo se repite este caso en la génesis de un romance. Se parte de una escena desgajada que contiene amplios pormenores narrativos; pero estos, como pierden su interés al perder su connexión con el conjunto épico, tienden a desaparecer o a transformarse. Entonces la escena aislada se reorganiza para buscar en sí misma la totalidad de su ser; al rodar el episodio fragmentario en la memoria, en la fantasía y en la recitación de varios individuos y generaciones, se olvidan detalles objetivos ininteresantes en un fragmento breve, y se desarrollan o añaden, en cambio, elementos subjetivos y sentimentales; la poesía cambia de naturaleza, y en vez del estilo *épico*, donde predominan las imágenes objetivas y la narración, ora toma el estilo *épico-lírico*, que dibuja la escena en fugaces rasgos de afectiva emoción, ora el estilo *dramático-lírico*, donde predominan los elementos dialogísticos; en ambos casos el relato desaparece en gran parte o por completo, para dejar lugar a la intuición rápida y viva de una situación dramática... Bajo esta forma nueva perduran en el romancero multitud de figuras de la vieja epopeya nacional: Bernardo del Carpio, que pelea por la liber-

tad de su padre y por la liberación de su pueblo; el conde Fernán González, que se parte airado, salpicando al rey con el agua y la arena del vado de Carrión; Gonzálo Gústioz, cuando con lágrimas en los ojos limpia el lodo y la sangre en que vienen envueltas las cabezas de sus hijos; Mudarillo, bajo el sol de la calurosa siesta castellana, saludando a su enemigo mortal sin conocerlo; El Cid, que sobre su caballo Babieca, alcanza las pisadas de la ligerísima yegua del Rey Bucar...» (1)

Por último, hemos de cerrar esta controversia sobre los orígenes del romance, como con broche de oro, con el autorizado y ponderoso comentario del Sr. Menéndez Pelayo. «Esta clase de poesía, dice, era derivación y secuela de una poesía mucho más antigua, respecto de la cual los testimonios abundan aunque todavía queden grandes lagunas en su historia... La severidad del método exige abandonar de una vez y para siempre, como ya lo han hecho los que tienen voto en estas materias, la anticuada hipótesis de las cantinelas épicas o cantos breves que sirvieron como de núcleo a los poemas largos.... En cuanto a Castilla, ni esta duda nos queda, no porque sea metafísicamente imposible la existencia de un género lírico-épico anterior a los cantares de gesta, sino porque no tenemos la más leve noticia ni el menor rastro de semejante poesía.... Es absurdo imaginar que en tiempo alguno coexistiesen los romances y los cantares de gesta como especies poéticas distintas, cultivadas la una por el pueblo y la otra por ingenios más o menos cultos...; los más antiguos romances no son más que fragmentos de cantares, y no sólo copian sus argumentos sino que reproducen sus palabras y hasta sus asonancias» (2).

«Triste cosa es, terminaremos diciendo con el Sr. Durán, que hechos tan importantes no podamos fundarlos más que en conjeturas; pero, pues no alcanzamos a más, necesario es contentarnos, ínterin otros más solícitos y afortunados puedan con documentos, que nos son desconocidos, confirmar o destruir la hipótesis establecida» (3); mas creemos que las profun-

(1) R. Menéndez Pidal. «Flor nueva de Romances viejos» pags. 9-12.

(2) Menéndez Pelayo. «Historia de las Ideas estéticas en España.»

(3) Agustín Durán. «Romancero General» Observaciones. pag. XLI.

dísimas obras de los señores Menéndez Pelayo y Menéndez Didal, con algunos de cuyos fragmentos nos hemos honrado transcribiendo, han dado ya luz diáfana y meridiana, despejando las nubes en el cielo purísimo de la crítica literaria.

Hablemos ahora, aunque sea sucintamente, del

Metro y Rima del Romance.

Sabido es que la versificación castellana se funda en el número de sílabas y en el acento (acento verbal, sílaba dominante o fuerte de la palabra, *ictus*, llamada impropriamente sílaba larga y *tónica*), dividiéndose las palabras con respecto al acento en *oxítonas* o agudas, *paroxítonas* o llanas y *proparoxítonas* o esdrújulas.

Según el modo de contar los versos, que podemos llamar *Clásico italo-hispano* (1), se numeran las sílabas hasta la última acentuada inclusive y se añade una: así, es verso de cuatro sílabas el que tiene el último acento en la tercera, de cinco el que lo tiene en la cuarta, etc. No hay sílabas de dos tiempos, ni por consiguiente cantidad ni piés. No obstante, la colocación de los acentos produce movimientos análogos a los de algunos versos latinos, tales, a lo menos, como ahora los pronunciamos. Así, el verso de ocho sílabas: «*Rey Don Sancho, Rey Don Sancho*» tiene el movimiento trocáico de «*Crux fidelis inter omnes*», y el de once sílabas «*Pues fuera osado intento nuevo canto*», el movimiento jámico de «*Suumque pulla ficus ornat arborem*». Por esto, en razón de su movimiento general, no por existir verdaderas largas, ni siquiera por la constante colocación de los acentos en todas las sílabas impares o pares, llamamos trocáicos a los versos de ocho y a su quebrado de cuatro y jámicos a los de once, como también a los de siete y sus dobles de catorce. Fuera de estos dos tipos principales y dejando aparte el verso de cinco que recuerda el antiguo adónico, hay el de diez, que ofrece siempre un movimiento anapéstico, y el de seis y su doble de doce que

(1) Milá y Fontanals. «De la poesía heróico-popular castellana» Ilustraciones. II.

suele asemejarse a dos o cuatro lesbios, mas no a tres o seis roqueos, ni a dos o cuatro dáctilos. (1)

De todos es conocido que la rima es perfecta o en consonante e imperfecta o en asonante, ofreciendo los romances un sistema análogo, aunque no idéntico al de los cantares de gesta, que se cifra en la continuación más o menos constante de una misma rima, a menudo imperfecta, puesta al fin de los hemistiquios o versos pares, quedando libres (suelos o blancos) los impares.

Mas, de dónde tomaron su origen el metro y rima del romance? No faltan quienes, como un crítico francés del siglo pasado, por no citar sus innumerables seguidores, les hacen proceder del monorrímo de ciertas poesías arábicas, del cual «según parece han tomado los españoles sus asonancias» (2). La fantasía de los árabes, escribe Carlos Andrés en su voluminosa obra «*Origen y estado actual de toda literatura*», les inclinaba a descripciones amenas, a graciosas fábulas y a toda especie de obras, en que tienen parte la imaginación y el buen gusto, pero particularmente los romances eran muy conformes a su genio, y tan deseados y bien recibidos de los doctos y del pueblo, que comúnmente se atribuye su origen al ingenio de los árabes (3). Otros, como Wolf (4), lo hacen derivar del tetrámetro octonario latino, fundado a su vez en el dímeter o cuaternario, que no es más que un verso de redondilla mayor. Helferich y Clermont creen evidente que la poesía española tomó por tipo y modelo la latina, y buscando una ley más general en la fisiología, establecen que entre una aspiración y expiración normales, se podrá siempre, hablando de un modo natural, pronunciar ocho sílabas. «A la aspiración, dicen, corresponde el arsis y a la expiración la tesis del verso; así se halla el verso largo en el salmo de la poesía sagrada, en el exámetro de Homero, en el sloka del sanscrito y en el metro de los Nibelungos. No era necesario más para que de estas poesías latinas se pasase al romance

(1) Milá y Fonnals. l. c.

(2) Sismondi. «De la littérature du Midi de l'Europe» cap. II.

(3) Carlos Andrés. «Origen y estado actual de toda literatura» Tom. I.

(4) F. Wolf. «Ueber die Romanzen poesie der Spanier» Part. II.

propiamente dicho» (1). Amador de los Ríos considera su forma como herencia de la versificación latina, citando a este propósito el *Pervigilium*, el salmo de San Agustín contra los donatistas y el Himnario gótico, en que la muchedumbre aprendió a modular los versos de 16 y de 8 sílabas (2). Cejador dá por probable que tanto el metro como la rima nacieron del ritmo tetrametro trocáico acataléctico, bien conocido en la poesía latina. (3)

Contra este orden de cosas declara el Sr. Menéndez Pelayo, quien, aun admitiendo este origen, no cree que fuese inmediato y por tanto supone que no nació del tetrametro, pero que su ejemplo sirvió para regularizarlo, creyendo más bien que el romance salió de los Cantares de Gesta. (4) Si, como hemos dejado sentado arriba, el romance es una floración de estos cantares, de ellos había de tomar indudablemente su estructuración. Creemos que en un principio hubo romances rudos e inartíficos, de largos versos monorrimos y destinados también al canto; mas, poco a poco, según iba nuestra lengua adaptándose a la fiel expresión del pensamiento y a jugar con más facilidad con las palabras, cuando el buen gusto era cosa necesaria para el «*facedor de versos a sílabas cuntadas*» y las largas rimas del cantar de gesta herían pesadamente los oídos del caballero, que deseaba para el relato de sus hechos otras de más fácil expresión con que sus escuderos pudieran sin dificultad mandarlas a la memoria y así relatarlas en las cocinas de los mesones o por las plazas de las ducales villas, mientras su amo y señor deshojaba también en la redondilla de un verso flores de amores perfumadas ante el ojivo ventanal escondido en el vericuetto de la estrecha callejuela; entonces, el largo verso tetradecasilabo de los cantares se descompuso, de la manera más natural, en dos hemistiquios iguales, los que separándose para formar dos versos, dieron forma al romance, que en manos de

(1) Ad. de Helfferich y G. de Clermont. «Aperçu de l'Hist. de langues neo-lat. en Espagne.»

(2) J. Amador de los Ríos. «Historia Crítica de la Literatura Española.» Tom. II. cap. XV, ilustración IV.

(3) J. Cejador. «Historia de la lengua y literatura castellana.»

(4) M. Pelayo. «Historia de las Ideas estéticas en España.»

geniales artistas fué pulimentándose y perfeccionándose hasta resultar la hermosísima composición de rotundas sonoridades.

El Duque de Rivas observa que el octosílabo prevaleció en el romance sobre los versos del Cid y de Berceo. «Al principio, dice, usaban el consonante, pero con los progresos de la lengua y del género adoptaron después (siglo xvi) el asonante, para demostrar que en nuestra lengua basta la igualdad de dos vocales para formar una rima distinta y armoniosa» (1). Gil de Zárate en su «*Historia de la Literatura*» divide la primitiva poesía castellana en fablas, cantares líricos y cantares de gesta, que fueron el origen de los romances. Observa la analogía de versificación entre el poema del Cid y los romances, dividiendo en dos los versos de aquél. Cree que si al fin se adoptó el octosílabo como el más fácil y el más propio de la lengua castellana, en un principio no había regla fija, no llegando a su perfección hasta el siglo xvi. Este género, sencillo y áspero, pero encantador, se hizo después bello y lozano y pasó a ser la poesía nacional (2).

El docto alemán Huber en su curioso trabajo «*De primitiva cantilenarum epicarum apud Hispanos forma*» después de asegurar con nosotros que el verso breve y la asonancia intermitente, como faltos de aliento y precipitados, no convienen a la gravedad épica, dice, que desde últimos del siglo xv hasta nuestros días el ánimo y la intención de los poetas, cantantes y oyentes, ha sido tratar de versos de ocho sílabas con asonantes intermitentes, versos que son esencialmente españoles (3). Por último, el Sr. Martínez de la Rosa en su «*Arte poética*» escribe: «La poesía española ha adoptado, además de la rima, un recurso tan propio y peculiar suyo como que no ha sido empleado antes y después por ninguna otra nación: tal es el uso del asonante. El sonido de las vocales es tan claro y distinto en castellano que cuando oímos unas mismas al final de dos versos percibimos un eco muy parecido, aunque sean diversas las consonantes que sirven para enlazarlos y darlos vigor. En las

(1) Angel de Saavedra. «Romances históricos.» Prólogo.

(2) A. Gil de Zárate, «Resumen histórico de la literatura española» Vol. I. c. VX.

(3) V. A. Huber. «De cantilenarum epicarum (vulgo Romances) apud Hispanos forma.»

obras de la primera época con frecuencia eran imperfectos, no colocados con arte y con estudio: luego se sintió que no disgustaban al oído y se llegó a admitir y sancionar como legítimo lo que en principio era una falta» (1). Y termina con este elogio:

«..... el amor mismo
 dió al modesto romance
 de Venus la belleza,
 de Apolo la hermosura y gentileza....
 mas antes que sencillo apareciese
 en traje pastoril cogiendo flores,
 el morisco alquicel vistió por gala
 o cantó de Jimena los amores.... etc.» (2)

División del Romance.

Vengamos a la clasificación de los romances, que si hemos de hacerla de una manera general, ha de ser teniendo presentes el *carácter*, o se el género poético a que pertenecen, la *procedencia* y el *asunto*. En el primer concepto se dividen en *épicos* y *líricos*; tanto unos como otros pueden ser *populares* y *eruditos*, pero en los de carácter épico predominan los primitivos populares, que rara vez son líricos. Por la *procedencia*, o sea atendiendo a la clase y condición del poeta que los ha producido, se pueden clasificar en *romances viejos*, que corresponden a la Edad Media, en *eruditos de imitación*, que son refundiciones o imitaciones de los viejos, y en *eruditos originales* y *vulgares*, o *populares degenerados*. Los romances viejos tienen excepcional importancia por ser uno de los primeros ensayos de nuestra poesía popular y contener bellezas de primer orden, admiradas de propios y extraños, «ramillete, dice Wolf, de flores escogidas, no entre las más lozanas del jardín de la poesía artística, sino entre las más sencillas y genuinas de los prados y montes de la popular, nacidas espontáneamente y crecidas sin cultura ni arte, sí, pero hijas de la fuerza creadora del

(1) Martínez de la Rosa. «Arte Poética». Anotaciones. Canto III, nota 10.

(2) Martínez de la Rosa. I. c. Canto IV,

sol de verano, flores de primavera de un pueblo tan poético como el de España» (1).

De intento hemos relegado a último lugar la clasificación de los romances por el *asunto* de que tratan, ya que en ellos hemos de detenernos, aunque sea sucintamente, y hallarse también en ellos contenidos implícita o explícitamente las divisiones anteriores. Dejando aparte otra distribución más científica que hacen tanto Menéndez Pelayo como otros sabios eruditos, nos ha parecido dividir simplemente los romances por el asunto en *moriscos*, *caballescros*, *históricos* y *varios*.

Romances moriscos.

Comenzaron estos romances en el siglo xv, llegando a su mayor apogeo en el xvi y parte del xvii, revestidos ya de la pompa oriental que aceptamos de los árabes.

Las guerras, los combates, las fiestas, los celos y las pasiones, la expresión de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron a los desiertos de Berbería, y que amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilización y los progresos de la nueva, formaron el sistema poético popular que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo xvi hasta el último tercio del xvii. Ciertamente, los asuntos de estos romances eran muchas veces fingidos, considerándolos Wolf desprovistos de valor y de colorido históricos (2) y don Joaquín Rubió de obras brillantes envueltas en el colorido oriental con riqueza de comparaciones e imágenes sin realidad histórica (3); mas su espíritu es la misma verdad, no sólo respecto a la época en que se inventaron, sino a la de la anterior que intentaban reproducir embellecida, y a nadie que los estudie filosóficamente se le ocultará la verdad moral que contienen con sólo observar la

(1) F. Wolf. «Primavera y Flor de Romances.»

(2) F. Wolf. «Ueber die Romanzen-poesie der Spanier.»

(3) Joaquín Rubió. «¿Cuál pudo ser la primitiva forma de la poesía popular en España?» Art,

fácil inspiración que los anima y vivifica. «Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño e indirecto, sino una segunda naturaleza, creada por haberse combinado y asimilado elementos que anteriormante existieron aparte; allí se ve la manera cómo se modificaron e influyeron uno en otro dos pueblos diversos; y en fin, allí se percibe el influjo que ejerció el trato hostil, pero caballeroso y noble, en el espíritu de dos razas que muchos años se combatieron, mas que aun sin conciencia de ello, confundían y aunaban sus diferentes civilizaciones en cuanto eran compatibles» (1).

La idolatría dedicada al valor individual bárbaro, pero generoso y en sí mismo confiado; la afición a duelos y desafíos singulares; el culto místico y apasionado rendido a la mujer, eran las cualidades que caracterizaban a los descendientes del Norte; mas, las costumbres, hijas de ellas, aceptadas por los moros, templaron, a pesar del Alcorán, sus instintos celosos, modificaron sus hábitos guerreros y les impusieron un espíritu caballeresco que antes les era desconocido. A la par que esto sucedía, nuestros contrarios nos comunicaron una parte de su amor a las ciencias y a las artes, su ostentoso lujo, su ferviente imaginación, su inspiración lírica, su sutileza ideal, y otra multitud de cualidades, que llegaron a corregir nuestra barbarie y a formar entre musulmanes y cristianos una casi identidad de hábitos, costumbres y literatura, que si ellos, míseros desterrados, no podían conservar, entre nosotros dejó un indeleble sello, que ni los siglos, ni los cataclismos sociales han podido destruir.

De los 257 romances moriscos que tenemos a la vista, sólomente dos queremos dejar aquí consignados por vía de ejemplo y demostración de lo anteriormente dicho. El primero, construído seguramente por estas tierras, según se desprende de su contexto, tiene aun la rudeza, embarazo y poco colorido de los primeros romances anónimos. Se titula «*Bobalias, el pagano*» y dice así:

«Por las sierras del Moncayo
Vi venir a un renegado:

(1). A. Durán. «Romancero general» Observaciones.

Bobalías ha por nombre,
Bobalías el Pagano.
Siete veces fuera moro
Y otras tantas mal cristiano;
Y al cabo de las ocho
Enganólo su pecado,
Que dejó la fe Cristo,
La de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
Que de allende había pasado:
Cartas le fueron venidas
Que Sevilla está en un llano;
Arma naos y galeras,
Gente de a pié y de a caballo:
Por Guadalquivir arriba
Su pendón llevan alzado.
En el campo de Tablada
Su real habían sentado
Con trescientas de las tiendas
De seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
Está la del Renegado:
Encima en el chapitel
Estaba un rubí preciado:
Tanto relumbra de noche
Como el sol en día claro». (1)

El otro romance, llamado «*De Reduán*», es famoso en la literatura por su brillante diálogo y su lujo descriptivo. «Es de antigüedad considerable, al menos en su primera mitad, pues proviene del recuerdo de un infructuoso ataque que en 1407 dirigió contra Jaén Mohamed VII de Granada acompañado del Alcaide Reduán, el mejor caballero granadino, muerto ante los muros de la ciudad combatida.» (2)

«Reduán, bien se te acuerda
que me diste la palabra

(1) «Cancionero de Romances». N.º 2.

(2) R. Menéndez Pidal.—«Flor nueva de romances viejos.» pag. 266.

Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaén
que me darías a Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada:
echarte he en una frontera
do no goces de tu dama.
Reduán le respondía
sin demudarse la cara;
—Si lo dije, no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.—
Reduán pide mil hombres,
el rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro,
cuánta de la yegua baya,
cuánta de la lanza en puño,
cuánta de la adarga blanca,
cuánta de marlota verde,
cuánta aljuba de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto bayo borceguí,
cuánto lazo que le esmalta,
cuánta de la espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y experta para batalla:
en medio de todos ellos
va el Rey Chico de Granada.
Míranlo las damas moras
de las torres de la Alhambra.
La reina mora, su madre,
desta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,

libre, sano y con ventaja,
y te dé paz con tu tío,
Señor de Guadix y Baza.» (1)

Romances caballerescos.

La índole, el carácter y los asuntos de que tratan estos romances proceden casi todos de los libros y novelas de su género, escritos y propagados durante los siglos medios en los países feudales y en los tiempos de las cruzadas. De allí los tomamos y aceptamos los españoles desde el principio, sino por el espíritu que los anima, casi extraño a nosotros, a lo menos por las hazañas y valientes hechos que refieren y nos eran simpáticos. Las crónicas caballerescas escritas ya en verso, ya en prosa, eran los elementos de la epopeya de los tiempos feudales, como las rapsodias lo fueron de la «*Ilíada*» y la «*Odissea*» en los siglos heroicos de Grecia. Circunstancias particulares a nuestro estado social multiplicaron entre nosotros hechos, hazañas y situaciones dignas de la epopeya; pero aquellas mismas impidieron que se desarrollase un pensamiento de unidad transcendental propia del poema épico: en vez de este, los romances suplieron su falta en cuanto era posible. De todas maneras es preciso confesar que no tenemos otra cosa, y que nuestras composiciones de aquel género, ya de origen clásico, ya feudal, son malas o medianas copias.

De las novelas bretonas, de las francas y de las greco-galas: es decir, de las de la Tabla Redonda, de las Carolingias y de las de los Amadises, está tomado el cortísimo número de los romances caballerescos que poseemos, y de la escasez y corta duración que, aun los tomados de las últimas, con decirse nuestras, tuvieron, debe presumirse que no simpatizaron mucho con nuestro carácter, ni alteraron gravemente nuestras costumbres populares. «A la verdad, durante la dominación goda comenzaron a iniciarse entre nosotros los elementos sobre que luego en el Norte se asentó el feudalismo completo.

(1) R. Menéndez Pidal. l. c. pag. 265.

No hay duda que algo de él se trasladó a las Asturias; pero muy pronto, por la necesidad de reconquistar la Patria, desapareció tal engendro, hasta tal punto que a duras penas y bajo muy templadas formas se conservó en las provincias limítrofes de Francia, y un tanto retoñó bajo el mando de algunos monarcas de Castilla. No tuvieron igual dicha los países más septentrionales, donde, como un gigante a un pigmeo, ahogó el feudalismo la monarquía y el poder popular. Allí, cada nación hecha pedazos, fué repartida entre cierto número de magnates y poderosos, que se consideraron como dueños absolutos del territorio, de sus habitantes cultivadores e industriales y se lo distribuyeron como botín. Guerreaban entre sí y contra el monarca y hacían con él tratados que le humillaban y empobrecían, despojándole de sus posesiones y derechos. En los territorios feudales, cuantos no eran caballeros, eran siervos juntamente con sus mujeres y sus hijos. Allí era preciso rescatar del señor, a fuerza de dinero y de servicios, la honra de las hijas y de las esposas, la conservación de los bienes, que como prestados se poseían, y en fin, hasta el derecho de vivir en la miseria. Preciso fué, pues, que surgiese un remedio, paliativo al menos, que mitigase tanto desconcierto, tantos dolores como atormentaban a la humanidad esclavizada. Nació este del mismo exceso de los males: apareció con sus mismas formas y con su mismo nombre. El derecho del más fuerte formó una especie de religión entre sagrada y profana. El íntimo sentimiento religioso y compasivo por un lado, y por otro las costumbres propias de un valor individual y guerrero, y las pasiones de amor y de gloria se aunaron para producir el espíritu caballeresco de donde procede la literatura, que generalizándole y extendiéndole, comunicó a todos los países, donde era necesario, su influjo benéfico y consolador. Doquier que un caballero armado se presentaba en defensa del débil y oprimido, surgía un poeta cantando sus proezas, o un narrador trazando una crónica novelesca, no tan desnuda de verdad que no participase de la historia, ni tan libre de ornatos imaginarios y fantásticos, que no se asimilase a la fábula. Hé aquí el espíritu de los libros caballerescos escritos con colorido oriental y propagados en los pueblos feudales mucho antes del siglo XII» (1),

(1) A. Durán. «Romancero general». Observaciones, pags. XV y XVI.

y de donde proceden, como natural floración, las composiciones poéticas de este género.

Son 128 los romances caballerescos que a este intento hemos revisado, queriendo dejar consignado aquí el anónimo conocido de «El Infante vengador»:

«Hélo, hélo, por dó viene
el infante vengador,
caballero a la gineta
en caballo corredor.
Su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador;
con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón,
y otras tantas fué afilado
por que cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia
y el asta en Aragón:
perfilándose iba
en las alas de un halcón.
Iba a buscar a Don Cuadros,
a Don Cuadros el traidor,
y allá le fuera a hallar
junto del Emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba
si le firaría o no
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar a dicho Don Cuadros
dado ha al Emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol.
Por el suelo ladrillado

más de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
bien oiréis lo que le habló:
—Porqué me tiraste, Infante,
porqué me tiras, traidor?—
—Perdóneme tu Alteza,
que no tiraba a tí, no;
tiraba al traidor Don Cuadros,
ese falso engañador,
que de los sus siete hermanos
no ha dejado si a mí, no:
por eso delante tí,
buen Rey, lo desaffo yo.—
Todos fían a Don Cuadros,
y al Infante no fían, no,
sino fuera una doncella,
hija es del Emperador,
que los tomó por la mano
y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
con su hija le casó.» (1)

De particular interés son estas composiciones para los que hablamos la lengua magnífica de Cervantes, ya que este grandioso ingenio, como dice un sabio agustino, «se aprovechó en gran manera del romancero, y su obra está tan íntimamente ligada con él, que nos atrevemos a decir que si se arrancasen los materiales romancescos, artísticamente en ella fundidos, «El Quijote» dejaría de ser la primera novela del mundo. Cervantes es el genial arquitecto que concibió el monumento grandioso, y tuvo la destreza en la elección y transformación de

(1) «Cancionero de Romances», número 294,

materiales, que habiéndose aprovechado de los tesoros literarios pasados y presentes, los dejó intactos y los aumentó con la joya de mayor precio» (1). Así, de los romances de «Lanzarote» y los del Cid, del de «Valdovino y el Marqués de Mantua», y del de «Narvárez y Jarifa» brotan magníficos los cinco primeros capítulos de la inmortal obra. La bellísima comedia de Sierra Morena, los amores de Cardenio y el casamiento de Luscinda con Don Fernando, que vence la resistencia de Dorothea, la imaginaria bajada a la cueva de Montesinos con la muerte de Durandarte y la trágica escena de sacarle el corazón para entregárselo a Belerma y otros mil pasajes que relata la novela caballeresca son escenas del romancero, que, en manos de Cervantes, surgen a nueva vida entre la fabla prodigiosa, apacible y clara, que como fuente de frescores puros, se desliza cantarina por las páginas inmortales del «Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha».

Romances históricos.

Importan mucho estos romances para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros más remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Estas composiciones, ya originales, ya imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecían y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influía. Faltos de calor, de brillo, de imaginación, de facilidad en el lenguaje, de orden lógico en la expresión de las ideas y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho a los tradicionales de esta clase que les servían de pauta, o en que sólo algunas variantes se introdujeron, tienen un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa, propia de los tiempos rudos en que nacieron, y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute porque se cree, que se defien-

(1) P. Atiñano Sanz. «El Romancero y el Quijote.» cap. I, pags. 15 y 16.

de hasta el martirio porque se ama; y en fin, que más que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances a toda presión literaria, rimados sólo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado a nosotros cuales fueron en su primitiva redacción, ni existen en ningún código anterior al siglo xvi. Trasmítidos a nosotros de memoria y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confía a ella. El juglar u hombre del pueblo, inventor o improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba o añadía, o lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oían, al repetirlo, lo cambiaban a su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba a la memoria, como su ingenio le daba a entender. Surgió después, entrando el siglo xvi, la moda de imitar los viejos romances, y los autores de tales composiciones afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresión de los primitivos, exageraban sus barbarismos y solecismos, pero les despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales, mereciendo especial mención Lorenzo de Sepúlveda y Timoneda, creadores de esta escuela, que seguida por otros mejores poetas del siglo xvi, produjeron algunos, y aun puede decirse que muchísimos, de los mejores romances del Cid.

Todos los hechos, gloriosos o infortunados de nuestra España van pasando entre notas de armónico ritmo por los versos de estos romances. La desventurada historia del Rey godo Don Rodrigo, que, ante la pérdida de su reino, prorrumpe en estas lúgubres lamentaciones:

«Ayer era Rey de España,
hoy no lo soy de una villa:
ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía,
ayer tenía criados
y gente que me servía,
hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía,
Desdichada fué la hora,
desdichado fué aquel día

en que nací y heredé
la tan grande señoría
pues lo había de perder
todo junto y en un día.

¡Oh muerte! porqué no vienes
y llevas esta alma mía
de aqueste cuerpo mezquino
pues se te agradecería...? (1)»:

los de Bernardo del Carpio con la rota de Roncesvalles, los de los Condes de Castilla, los de los Infantes de Lara, que son romances de venganza, hechos populares por toda la meseta castellana:

«...Ya se conciertan las bodas
¡ay, dios, en hora menguada!
Doña Lambra de Bureba
con Don Rodrigo de Lara.
Las bodas fueron en Burgos,
las tornabodas en Salas.
En bodas y tornabodas
pasaron siete semanas:
las bodas fueron muy buenas,
mas las tornabodas malas.
Ya convidan por Castilla,
por León y por Navarra;
tantas vienen de las gentes
no caben en las posadas;
y aun faltaban por venir
los siete Infantes de Lara.
¡Hélos, hélos, por do vienen,
por aquella vega llana!...» (2)

y por fin los del Cid con toda la fuerza narrativa y lírica a la vez, que ponen en cada estrofa los tajos vigorosos de la tem-

(1) «Cancionero de Romances». «Rodrigo fugitivo y derrotado» N.º 599.

(2) «Silva de varios romances». «Bodas de Ruy Velázquez con Doña Lambra y odio contra los Laras» Anónimo. N.º 665.

plada tizona, y en cada verso las pisadas aplastantes de Babieca. Hé aquí uno que nos habla de las mocedades del invicto héroe castellano:

«Pensativo estaba el Cid
viéndose de pocos años
para vengar a su padre
matando al Conde Lozano:
miraba el bando temido
del poderoso contrario
que tenía en la montaña
mil amigos asturianos;
miraba cómo en la corte
dese buen Rey Don Fernando
era su voto el primero
y en guerra el mejor su brazo:
todo le parece poco
para vengar este agravio
el primero que se ha hecho
a la sangre de Laín Calvo:
no cura de su niñez,
que en el alma del hidalgo
el valor para crecer
no tiene cuenta los años.
Descolgó una espada vieja
de Mudarra el castellano,
que estaba toda mohosa
por la muerte de su amo.
—Haz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo
y que con su brazo riñes
porque suyo es el agravio.
Bien puede ser que te corras
de verte así en la mi mano,
mas no te podrás correr
de volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado;
tan bueno como el primero

segundo dueño has cobrado;
 y cuando alguno te venza,
 del torpe hecho enojado
 hasta la cruz en mi pecho
 te esconderé muy airado.
 Vamos al campo, que es hora
 de dar al conde Lozano
 el castigo que merece
 tan infame lengua y mano.—
 Determinado va el Cid,
 y vá tan determinado
 que en espacio de una hora
 mató al conde y fué vengado.» (1)

Con gran complacencia hubiéramos ido transcribiendo a nuestras cuartillas toda esta serie de romances, a cual más bellos, viéndonos precisados, en razón a la brevedad, a dejar otra vez en los estantes de las viejas bibliotecas aun aquellos que más nos interesan, como el que nos habla de la derrota del Cid a los moros entro San Esteban y Atienza (2), y aquel otro que empieza:

«Sant Estevan de Gormaz
 fuerte eres y torreado,
 ganaráte de los moros
 el buen Conde castellano,
 nombrado Garcí Fernández
 el valiente y esforzado...» (3)

Romances varios.

En esta última división de Romances queremos poner aquellas clases de composiciones destinadas, unas a la enseñanza moral, otras a la manifestación especial de las pasiones que agitan el alma influida por afectos tiernos y delicados o vehe-

(1) Escobar. «Romancero de! Cid.—El Cid se prepara a vengar la afrenta de su padre».

(2) Lorenzo de Sepúlveda. «Romances nuevamente sacados a la luz.»

(3) id. id. id.

mentes y profundos; otras que se dedican a la censura y crítica de los vicios sociales y morales, y otras que ridiculizan y caricaturan los actos humanos, pudiendo muy bien, según esto, clasificarlos en *doctrinales, amatorios, satíricos y burlescos*.

En estos últimos se esgrime el azote de la crítica contra los vicios de la sociedad y las diversas clases que la componen, ya usando de las punzantes sales de Horacio, o ya del rudo cinismo de Juvenal. Entre estos romances se comprenden las jácaras o sátiras irónicas en que con apariencias de elogio se retratan y describen los hábitos y costumbres de la sociedad, resultando muy interesante y provechosa esta clase de censura ya que con ella se satiriza rudamente, en expresión de Durán, «desde el verdugo que vende a la víctima su lenidad en el castigo, desde el escribano que prostituye su fe para dilatarlo, desde el alguacil que por dinero encubre y asegura a los delincuentes, hasta el juez superior que descuida sus deberes de actividad y vigilancia, todos sin excepción son vigorosa y ágricamente censurados y castigados en las jácaras, que, así consideradas, son el mejor contraveneno de los romances vulgares, cuyo objeto es revestir de heroísmo y conducir a la gloria, después de ahorcados, a los asesinos y malhechores y poner bajo sus pies a los jueces, que cumpliendo con sus deberes, los persiguen y castigan». (1)

Larga tarea sería la de entresacar aunque no fuera más que alguno de los 526 romances varios que tenemos a la vista, queriendo únicamente dejar consignado por vía de ejemplo aquel curiosísimo en que se relata el ingenio de un soldado francés, que estando oyendo con otros compañeros de milicia por mandado de su sargento el Santo Sacrificio de la Misa en la iglesia de la villa donde se hallaban de destacamento, sacó de la faltriquera una baraja francesa de juego en actitud de meditar sobre cada una de las cartas, y juzgando el sargento como grave falta el que en tan sagrado lugar se diera tamaño escándalo, hubo de ponerlo en conocimiento del Mayor de Armas, llamando a su presencia al soldado denunciado, que se explicó de la manera que nos cuenta el romance:

(1) A. Durán. «Romancero general». Observaciones, pag. XXXIII.

como hemos visto en este deficiente estudio, fué limándose después con los juglares cortesanos, perfeccionándose en las manos maestras de Lope de Vega y de Góngora para pasar a la lira majestuosa de Méndez Valdés y del Duque de Rivas, que desgrana entre sus versos las nostálgicas amarguras de su destierro de Malfa, y más tarde al plectro de Zorrilla, que en su Cristo de la Vega, «*A buen juez mejor testigo*», le hace cantar en cadencias sonoras y rotundas, sin perder por eso aquel no sé qué característico que nos distingue de todas las extrañas literaturas.

«Es imposible sentir la lengua castellana, escribe un notable crítico contemporáneo, sin ser un devoto entusiasta de los romances. Nuestro idioma aparece apropiado por modo singular a esa forma de versificación que alcanza las mayores cimas de la dulzura sin perder nunca el aire varonil. El romance se nos antoja un producto superior de energía. No desmaya en su hidalgo giro; se inclina y no desciende; saluda con rendimiento y no se humilla.» (1)

«El Romancero, dice el Sr. Menéndez Pidal, extendido por todos los climas y los mares a donde se dilató el imperio hispánico, es la canción épico-lírica que recuerda la imaginación de más pueblos, esparcidos por todas las partes del mundo, por el hemisferio boreal y austral. Es la canción que ha alcanzado más altura literaria, haciéndose digna de informar importantes ramas de la producción artística, tanto en la época clásica como en la moderna. El Romancero, en fin, por su tradicionalismo, por la cantidad de vida histórica, que representa, y por multitud de reflejos históricos y morales, es quintaesencia de características españolas. España es, pues, el país del Romancero.» (2)

En la confusa desorientación literaria de nuestros días, hemos de añadir por cuenta propia, en que futuristas, dadaístas, ultraístas y demás seguidores de Marinetti, pretenden llevarla por nuevos y sorprendentes derroteros, el viejo romance nos parece más joven que nunca. El es el que en las largas invernadas deja aún verter las sonoridades de sus versos en los labios del

(1) Nicolás González Ruiz. Crítica de «Flor nueva de romances viejos» arte.

(2) R. Menéndez Pidal. «Flor nueva de romances viejos». pag. 56.

rústico labriego, que bajo la templada campana de la anchurosa cocina cuenta la historia del moro y del cautivo; él es el que en la boca del imberbe pastorzuelo pone la ingenuidad de un poema adivinado en el relato sencillísimo de la Virgen morena y sonriente aparecida a la inocente zagalilla; el que en la altura de los salones saluda con la galantería de un madrigal, y en las estrechas callejuelas con el aleteo de una copla; el que pone arrullos de caricias maternas junto a la cuna, y la elegía de un recuerdo ante la tumba del ser querido; y el que en las tardes de nostalgias otoñales tiene alegrías de risas y de encantos en el corazón incontaminado de las niñas mientras juegan al corro en la dormida plaza castellana. El Romance, llenándolo todo, narra y siente, juega y canta, ríe y llora... El ha venido desde su nacimiento llenando de pujante sabiduría la vida poética nacional española y poniendo en el corazón cantor de sus hijos un hálito de romántico caballerismo, que les impulsa a aventurarse en magníficas empresas, retornando, después de ganadas, a ofrendar sus triunfos a tan augusta Matrona, coronando gloriosamente su frente soberana con diadema inmarcesible de mirtos y laureles.

Antes de terminar, permitidme, Ilmo. y Rvdmo. Señor, que al deshojar en este solemne acto la flor de un recuerdo ante la temprana muerte de aquel santo varón, que primero en este Seminario, y más tarde en el pastoreo de esclarecida diócesis nos aleccionó con el ejemplo de altísimas virtudes, ofrende también, Señor, a las plantas de otro Obispo preclarísimo, ante el trono fulgente de ciencia y de virtud de Vuestra Srfa. Ilma. otra flor nacida en lo profundo del corazón, flor agradecida de rendido acatamiento del que sin mérito alguno le encumbrasteis para formar parte de este selecto Profesorado, flor que desearíamos, y a ello eran encaminados todos nuestros esfuerzos, exhalase, aun en medio de los calores de la brega, perfumes delicados en los que pudieran embriagarse los intelectos y corazones de los jóvenes escolares, que tan generosamente, Señor, habeis puesto en nuestras manos.

Y vosotros, desde ahora, ya amados seminaristas, aprestad vuestras juventudes entre la templada disciplina de este Seminario para ganar la batalla del nuevo curso, que a ello os alentaré sin duda alguna, si por un momento considerais que todos los años, por inspiración feliz del Prelado que tan dignamente dirige los destinos de la diócesis, se celebra en ella el «Día del Seminario» en que todos los fieles, al cobijo maternal de sus parroquias, elevan al cielo sus oraciones fervorosas y depositan generosos el óbolo de su ofrenda, seguros de con ello contribuyen a la formación de sabios y santos sacerdotes.

Que como en los tiempos de las Cruzadas, relatados en nuestros romances, marchaban los guerreros a la batalla enardecidos por los cantos bélicos, resuenen también en los ámbitos anchurosos de este Seminario himnos majestuosos de rotundas resonancias, el himno de la ciencia coronando vuestras frentes entusiastas, y el himno de la virtud, adentrado en lo profundo de vuestras almas juveniles.

HE DICHO.



Terminóse
de imprimir este
trabajo en el Burgo
de Osma, el día diecisiete
de Diciembre de 1928,
en los talleres de
S. Jiménez.

